

SUSCRIPCIÓN (Pago adelantado).

ADMINISTRADOR: DON MARIANO DUEÑAS GÓMEZ

PRECIOS DE LOS ANUNCIOS

Año I
Madrid: Un mes, una peseta. — Provincias: Trimestre, 5 pesetas. — Anillas españolas y naciones convenientes, 10 pesetas. — Portugal: Trimestre, 5 pesetas. — En los demás países: Trimestre, 15. La correspondencia al Director. — No se devuelven originales.

Miércoles 5 de Noviembre de 1890.

Diez céntimos línea en cuarta plana. Se reciben hasta las cinco de la tarde en la Administración, San Bernardo, 11, y en el Almacén de papel de los Sres. Gallego y C.ª, Car. San Jerónimo, 2.

Núm. 8

MADRID

Critica de las maniobras

De todas partes.

Pues ya lo saben ustedes, no tenemos más que carne municipal. Aunque después de la autopsia que en el Congreso se hizo del Ayuntamiento, debíamos habernos acostumbrado a esta carne, es lo cierto que no nos gusta.

—Si a lo menos fuera carne de alcalde—decía un concejal de los que no creen ni en la Santísima Trinidad ni en el Hueso.

Lo cierto es que ese enemigo de los cocidos madrileños, D. Simón Sánchez, puede estar satisfecho: Madrid se ha quedado sin carne.

El vecindario pierde con esta medida, los abastecedores se arruinan, los tableros no tienen ganancias.

No hay más que una clase que esté de enhorabuena; la clase de las vacas.

Y puesto que hablamos de la manutención del pueblo, no se necesita hacer un gran esfuerzo imaginativo para tratar de los políticos que viajan. Ellos persiguen la manutención de la hueste que los defiende.

El Sr. Sagasta está camino de Zaragoza. Va a conquistar la libertad, que según los fusionistas se ha perdido desde que ellos no figuran en nómina.

En Zaragoza el Sr. Sagasta será bien recibido; el jefe de los liberales es simpático, llanote, campechano.

Además, el Sr. Sagasta tiene que decirles a los aragoneses un secreto, les confesará quedito y con misterio que es hijo de Agustina de Aragón y del tío Jorge.

Y si esto no produce efecto, después del discurso patriótico del Sr. Moret, extenderá el secreto y el misterio diciendo: «Cánovas no ha besado el pilar de la Virgen, la casa de Cánovas está hecha de la gorra de pelo de un gascador francés.

Lo aseguramos a nuestros lectores: Sagasta será bien recibido, y sus declaraciones obtendrán muchos aplausos.

Antes de salir de Madrid el Sr. Sagasta miró el mapa de España y a sus grandes capitales.

Llevar a Zaragoza a un poeta, a Núñez de Arce, era grande. Ningún hombre político que hanquetea está libre de tener que improvisar una cuarteta, una octava real ó un soneto.

Y lo que dice D. Práxedes: es preciso hacer la guerra a Cánovas en todos terrenos. Si me obligan a escribir en un álbum, Núñez de Arce me sacará del conflicto.

Sagasta tiene un gran talento para improvisar lo que dicen los demás. Sus mismos partidarios se maravillan de esta facultad extraordinaria.

Y en Cataluña? ¡Ah! en Cataluña hay que pelear de otra manera. Sería bien visto y mejor oído Gamazo; pero Gamazo se llamó andando y se queda en Madrid para aplaudir las declaraciones políticas, no las económicas, de su jefe.

¡Qué lástima! ¡El diputado por Medina, el defensor del pan, no quería acompañarle a Cataluña!

Había que pensar en Puigcerver. La larga historia de sus desaciertos podía, es cierto, ser una dificultad, sobre todo en los pueblos industriales, en donde el romanticismo del librecambio ha producido tantas desdichas.

¿Qué hacer? D. Venancio, esa niña Egeria del Sr. Sagasta, le sacó de apuros. ¿Que quería D. Práxedes no mostrarse librecambista para que el Sr. Gamazo no torciese el gesto, ni protector para que Puigcerver no se avinagrara? Pues había un medio, Eguillor y él lo acompañarían.

Los dos representan el reposo, el Nirvana. Pasaron por Hacienda, sin que nadie se acuerde. Ellos debían acompañarle.

Dejemos las cuestiones de tierra para tratar las cosas marítimas.

Peral, el ilustre sabio, aunque humilde teniente de navío, ha tenido el alto honor de que unos generales, llenos de cruces, se apoderen de su secreto y lo anuncien en pública subasta.

Al autor del submarino no lo fusilan por un resto de pudor.

Pero azotes y cárcel por lo menos no se irá sin ellos.

En qué quedamos, sirven las experiencias del submarino para algo?

El Consejo de Marina dice que sí.

¿Debe hacerse otro torpedero?

El Consejo asiente.

Entonces ese buque debe estar dirigido por Peral. Lo demás es un acto de fuerza, un atropello.

No es hacer justicia, sino despojar.

Y, puesto que de justicia hablamos, no olvidemos la vuelta de los emigrados.

Hace falta establecer definitivamente la paz en España; hay que perdonar a todos.

Más fuerza tienen las monarquías cuando mayor es el número de sus defensores.

De antiguo se ha dicho con Séneca el filósofo, que la verdad entra raras veces en los palacios de los reyes.

Si nos fuera lícito llegar hasta el trono de la reina, de la virtuosa reina doña María Cristina, le diríamos:

«Señora, perdona V. M. a todos, sin hacer caso de lo que digan los políticos. El corazón de una madre gobierna mejor que todos los estadistas.»

Las maniobras militares son una necesidad de los ejércitos modernos, y no por vano espíritu de imitación de otros países debemos pensar seriamente en ellas, sino porque a ningún ejército son más convenientes que al nuestro.

El constante objetivo de todas las fuerzas armadas de una nación, el resultado que preparan los Gobiernos durante la paz, gastando sumas enormes en atender y cuidar los elementos de guerra, y el acto que decide la sumisión ó la independencia de la patria, es el choque, y para el solemne momento del choque, han de estar perfectamente preparados é instruidos los militares.

¿Qué confianza puede inspirar como médico el aventajado estudiante de medicina que después de obtener su título suspendiera el ejercicio de su profesión, sin visitar anfitriones ni hospitales, hasta que la casualidad pusiera en sus manos el primer enfermo? ¿Cómo habíamos de entregar la defensa de nuestro derecho a un abogado con título y sin práctica de foro ni de bufete, cuando muchos años después de terminada su carrera se prestara a defender lo que verdaderamente nos interesara? ¿Qué confianza puede merecer un marino, un ingeniero, un arquitecto, un obrero cualquiera, sin haber practicado su profesión antes de acometer alguna empresa importante?

Pues si el interés particular busca como garantía de éxito al hombre experimentado en la profesión propia, el Estado, a cuya salvaguardia están encomendados la integridad de la patria, el honor nacional y la conservación del orden público, debe procurar que los encargados de tan importantes misiones no sean ilustrados teóricos, sabios sedentarios, hombres apegados al bienestar y comodidades de la vida, sino masa dispuesta y perfectamente preparada para dejar en cualquier momento la sosegada existencia del cuartel y acudir inmediatamente a un terreno al cual debe estar acostumbrada, para aprovechar en él toda la fuerza conservada para el momento supremo, sin que las dudas, las vacilaciones y el poco hábito de la vida de campaña puedan influir para mermar ó distraer el esfuerzo individual y, por tanto, el esfuerzo colectivo.

En otros tiempos los ejércitos eran reducidos, los soldados servían ocho años en activo, el militar guerreaba casi continuamente y la necesidad de maniobras ó simulacros de guerra no era imperiosa, pues siendo larga la duración de las campañas por falta de los múltiples medios de guerra modernos, cabía en último caso la esperanza de que un ejército poco aguerido aprendiera en las primeras derrotas y a costa de su sangre, la práctica de la guerra; pero hoy no se puede discurrir así, y hay que contar con que en las campañas modernas las primeras batallas influyen notablemente, si no deciden el triunfo, y que la multitud de hombres armados que las naciones lanzan a la guerra, los adelantos científicos, las nuevas armas y las numerosas vías de comunicación hacen casi imposible, rota la línea de los ejércitos regulares, los levantamientos en masa y los delirios nacionales, de que tan elocuente ejemplo ha dado España.

V no basta, para adquirir ese conocimiento de la guerra, que no se aprende en ningún libro, los limitados ejercicios y campos de instrucción que vemos en las afueras de nuestras poblaciones; cierto es que en ellos aprende el soldado y el oficial las maniobras preliminares, aquellas que no rompen ni dislocan la unidad orgánica; pero ni los capitanes con sus nuevas compañías de 250 hombres, ni los jefes con sus nutridos batallones, ni los generales con sus brigadas y divisiones compuestas de las tres armas de combate, pueden hacerse cargo de lo que es operar en un extenso campo desordenado, cruzado de cerros y barrancos, ni pueden aprender la apreciación de distancias, conocimiento tan esencial en la guerra moderna, ni adquirir el hábito de mantener y dirigir á sus tropas en los órdenes abigarrados, á veces fuera del alcance de su vista, ni tantas otras novedades imposibles de practicar para quienes están acostumbrados a los limitados campos de instrucción que posee el ramo de Guerra.

Al contrario: las maniobras de regimiento, brigada y división en dichos campos, hacen adquirir vicios y costumbres fatales por consecuencia de la disminución de las distancias entre las tropas, á que hay que recurrir para poder maniobrar, y así, la vista del militar se acostumbra á una cosa falsa y completamente diversa de lo que la realidad presenta en el campo de batalla.

De aquí proviene esa resistencia que se advierte en algunos oficiales generales, á diseminar sus tropas, alejar alguna de las fracciones que manda ordenar, movimientos independientes á la caballería, situar sus baterías lejos de las demás fuerzas como si temieran que en los primeros momentos de la batalla fueran los enemigos á apoderarse de las piezas y siendo causa y origen de esa fatal tendencia hacia los movimientos en órdenes cerrados, cambios de frente inverosímiles, teatrales cargas á la bayoneta con banderas desplegadas y músicas á la cabeza y fantásticas cargas de caballería que rarísima vez se emplearán en la guerra.

En nuestro país comienza á despertarse la idea de levantar el espíritu militar del ejército para ponerlo en aptitud de poder cumplir con su noble y honrosa misión el día que fuese necesario, y los ensayos de maniobras en Calat y Carabanchel indican el nuevo camino que parece se trata de emprender, y así como en otros órdenes es evidente que España camina hacia el progreso, va haciendo paso la idea, sostenida en otros países, de que el ejército no es ya aquel antiguo poder que dormía moderadamente para elevar liberales, ni instrumento dócil de maquinaciones revolucionarias, objetivo de todos los trabajos para llegar al poder, sino organismo nacional por todos respetado y firme sostén de los intereses permanentes del país.

Por eso hemos de ocuparnos, con la atención que merece, de cuanto á las fuerzas militares se refiere, y convenidos de lo urgente y necesario que es la educación para la guerra de nuestras fuerzas militares, hemos de consignar nuestra opinión acerca de las primeras maniobras que en España se han verificado, sin que nuestra crítica tenga otro alcance que el de procurar la perfección más completa en nuestro organismo militar.

Mad. Severine, la escritora y propietaria de importantes periódicos de París, ha emprendido la defensa del derecho al aborto.

En un artículo que publica en el *Gil Blas*, dice: «Después de todo, las mujeres que abortan voluntariamente ponen en peligro su vida. Y el peligro embobeca las pobres acciones.»

La teoría no puede ser más bonita, sobre todo defendida por una mujer.

Los atenienses votaron en un plebiscito que se decretase el aborto de Friné para que no se afease con el parto el cuerpo de la mujer, de belleza más perfecta que había en Grecia.

Pero nuestra moral no es tan suelta como la de los atenienses, y el aborto es y seguirá siendo un crimen penado por las leyes.

Una escena trágica ha ocurrido en presencia del czar de Rusia y de su familia.

Asistía la corte á la representación del circo Ciniselli, en San Petersburgo, y el director presentó un soberbio caballo amaestrado, que hizo una porción de ejercicios muy notables.

Llegó un momento en que el caballo tenía que ponerse de pie sobre las dos patas traseras. Lo hizo muy bien y el czar aplaudió.

Ciniselli se volvió para saludar al emperador.

Aprovechando aquel instante en que su domador estaba de espaldas, el caballo se arrojó sobre él y con las manos le destruyó el cráneo.

Parece que Ciniselli había castigado cruelmente al caballo aquella mañana.

Mad. de Jonquieres es una mujer de treinta y ocho años, morena, pequeña, elegante y graciosa, de cara redonda y llena, snamente animada por la mirada brillante de sus ojos.

No es seguramente un modelo de belleza, pero posee una atracción inexplicable, debida al encanto exterior de su persona y á la simpatía que inspiran sus cualidades morales. Es buena, tiene un gran corazón, caritativa abierta y franca hasta la imprudencia, y no sospecha que nadie puede serle desleal, por lo mismo que ella es la lealtad misma.

A la edad de dieciséis años, Mlle. de Chicomart se casó, sin gran inclinación de su parte, con un rico negociante de la Guyane francesa. Un hombre de treinta años, enfermo del pecho, el cual, enamorado de su mujer, exageró demasiado las atenciones y los cuidados que la tenía; él murió pronto, ella quedó viuda, muy rica y muy joven, con falsas ideas de la vida y un mimo extraordinario. Cuando concluyó el luto se casó con Mr. Jonquieres; durante doce años, este matrimonio fué la imagen perfecta de la dicha. Rico, amable, acogido en el mejor mundo, Mlle. y Mr. de Jonquieres hicieron una vida encantadora. Hace dos años y medio, el marido obtuvo la comandancia de Marina en la Guyane francesa.

No bien había marchado Mr. de Jonquieres, cuando Mr. de Fauroux, antiguo oficial de marina y jefe de Tolón, se dedicó á hacer la corte á la linda morena.

Cierta día se encontraron por accidente en una hermosa finca de los alrededores de Tolón; la casa era grande, las puertas se cerraban ellas mismas dócil y discretamente detrás de las parejas que se aventuraban á pasear por los salones desiertos.

¿Qué es lo que pasó allí? Se sabrá cuando se concluya el sumario.

Ahora no se puede proceder más que por indicios y esos indicios reconstituidos, tal vez contengan los elementos principales del crimen.

Algunos amigos recuerdan que hablando madame de Jonquieres de aquel día de campo en que se decidió su destino, solía decir «no me habléis de eso, yo no quiero oír hablar más de eso.»

Cuando se vió en cinta y con la vuelta de su esposo anunciada, propuso á su amante hacer un viaje por Italia. Ella no quería volver á ver á su marido, decaía escapan antes de que él llegase; Mr. Fauroux rehusó. Tenía según dijo que preparar su elección de diputado é no podía marcharse de ninguna manera; entonces le propuso el aborto; ella se negó pero al fin como mujer nerviosa llegó á ceder, pero á los pocos días se lo confesó todo á su marido.

Coalicón republicana.

Reunida en pleno la comisión permanente de la Asamblea de coalición republicana, ha adoptado por unanimidad las reglas siguientes:

1.º Todos los republicanos edificados están por estricto deber de conciencia política en la necesidad de presentar candidatos propios en las elecciones de diputados á Cortes en aquellos distritos ó circunscripciones donde, con arreglo á su criterio, estimen racional y posible la lucha, teniendo en cuenta la absoluta intervención del Gobierno para falsear y hacer ilusorio el libre ejercicio del derecho del sufragio.

2.º Los republicanos coalicionistas podrán, allí donde las circunstancias lo aconsejen, entablar concordias con candidatos republicanos que hicieren previas declaraciones públicas, resultantemente favorables á la base segunda de la coalición.

3.º Respecto de elecciones provinciales y municipales, la comisión permanente recuerda á los republicanos la base tercera de la coalición, en que se prescribe que para la lucha legal se comprometen los republicanos edificados á prestar decidido apoyo á todas las propagandas, y en su caso á los candidatos previamente adheridos á esta concordia, ó á la que concierten los partidos, en las elecciones municipales y provinciales.

4.º Se establece y declara que la aplicación práctica de estas reglas corresponde á los comités locales de coalición republicana, quienes en caso de duda ó en otros no previstos consultarán á los comités provinciales de coalición, y éstos á su vez, si alguna duda tuvieren, á la comisión permanente, como el más alto organismo que ha creado la coalición nacional.

5.º En los distritos por donde no lucharan candidatos republicanos, los electores adictos á la coalición se abstendrán de intervenir en las elecciones.

6.º No obstante lo hasta aquí previsto, y en la casi seguridad de que serán estériles los esfuerzos que los republicanos empleen en la lu-

cha electoral por los atropellos y coacciones de que hemos de ser víctimas los republicanos edificados, se previene con singular interés á los comités locales que den cuenta á las provinciales, y éstas á la comisión permanente, de las vejaciones y desafueros á que las autoridades y los concienes se fancen, para que la comisión permanente acuerde si procede el apartamiento absoluto de una contienda, en la que sólo conseguiríamos enervar las fuerzas de que necesita el procedimiento consignado en la base segunda para implantar la república en España.

En estos días ha venido habiéndose con insistencia de que al encargarse nuevamente de la instrucción del sumario el Sr. Morales, no sólo se han comprobado los repugnantes hechos de que ya se ha ocupado la prensa, sino que parece se han descubiertos otros tan graves que horroriza pensar en el rebajamiento moral y perversidad de su autor.

A juzgar por lo que dice *El Mercantil Valenciano*, el juzgado encontró á un penado que presenta señales de brutales apaleamientos y signos evidentes de estrangulación.

Asegúrase que aquel desventurado se encontraba en la enfermería confundido entre los escrofulosos y considerado como uno de tantos enfermos de esta dolencia.

Algunos detalles se añaden á esta versión, que nos resistimos á creer y por ello no queremos dar á la publicidad, tanto por la gravedad que tienen, como por no perjudicar ni en lo más mínimo la acción de la justicia.

Ayer se habló también de nuevos procesamientos, y con todas estas versiones se expresaba por modo unánime la confianza que á la opinión merece el Sr. Morales, que está dando prueba evidente de su laboriosidad y pericia, y sobre todo de su honradez y firmeza inquebrantable en la averiguación y esclarecimiento de los hechos que hoy atraen la atención de toda Valencia, que está interesada en que se haga luz, mucha luz y se depuren las responsabilidades y se exijan caiga el que caiga.

JUAN GOLLIER.

O'DONELL.

A las diez de la mañana de hoy se ha celebrado en la iglesia de las Salesas Reales una misa cantada con vigilia y responso, en celebración del XXII aniversario del primer duque de Tetán, D. Leopoldo O'Donnell y Jorja.

En el centro de la nave central y cerca del monumento sepulcral erigido en dicha iglesia para perpetuar la memoria del bizarro general, habíase levantado un túmulo severo y sencillo.

Junto al monumento se veían varias coronas, algunas de ellas de flores naturales, con sentidas dedicatorias.

La ceremonia se verificó con la solemnidad que en años anteriores, presidida el duque el señor duque de Tetán, ministro de Estado, el señor marqués de la Vega de Armijo, el ministro de Marina y el Sr. Fabié.

Entre la numerosa y escogida concurrencia, recordamos al señor ministro de la Guerra, al presidente del Congreso, general López Domínguez, señor marqués de Claromonte, conde de Bilbao, D. Juan Francisco Camacho, marqués de Goicoirreaga, el general Reina, Sr. López Quijano, Jove y Hevia, Villa, general Chiniella, marqués de Visca, Navarro y Rodríguez, general O'Lawlor, Sr. Bonillas, Núñez de Prado, general Bugallal, señores marqueses de Valderrazo y de Fuensanta del Valle, señores Mollado, Vallín, Coy, Canabate, y otros muchos que no recordamos.

LA INDUSTRIA.

No son hoy las naciones más poderosas las que ocupan mayor extensión superficial sobre el mapa. Hubo un tiempo en que simbolizaba la grandeza de los pueblos la vasta extensión de sus dominios: la casa de Austria en sus días de gloria proclamaba como emblema de su poderío la posesión de vastos territorios en los cuales jamás se ponía el sol.

Hoy han cambiado las ideas, y es distinto el criterio para juzgar de la grandeza de los pueblos.

Una nación, pequeña por su extensión superficial, insignificante por el número de sus habitantes, pasea triunfante su bandera por todo el globo, ostentándola como símbolo de paz, de unión y de progreso entre los pueblos del antiguo y nuevo continente.

Bélgica, que hace pocos años apenas si tenía una personalidad definida entre los pueblos de Europa, lleva hoy la influencia de su industria, de su comercio y de su producción á todos los países, haciendo que su nombre sea pronunciado con respeto y con simpatía por todos los amigos de los progresos contemporáneos.

Convencidos los hombres de aquel país de que los intereses industriales constituyen hoy uno de los más poderosos elementos de progreso, se han agrupado bajo la honrosa enseña de la *Sociedad científica de Bruselas*, largos años dedicada á la propaganda y á la protección de todos los grandes adelantos, y creyendo que su país les ofrece estrecho campo para su obra humanitaria y civilizadora, han atravesado los mares, estableciendo sus *Exposiciones* en las principales capitales de América, y abriendo nuevos mercados á las mercancías de Europa en Esmirna, en los puertos donde hasta ahora no había llegado el poderoso brazo del comercio europeo, para ofrecer las riquezas de la moderna industria.

Por todas partes ha encontrado simpatías calurosas y triunfos halagadores la *Sociedad científica de Bruselas* en su generosa obra de relacionar recíprocamente á todos los productores del mundo, y crear entre ellos esa fecunda solidaridad de intereses, que constituye uno de los vínculos más fuertes para la organización y la vida de la gran familia humana.

Por eso, al abrir en Madrid la primera Expo-

sición internacional que aquí se realiza, debida á la iniciativa particular, es digna de que le presten su cooperación los poderes públicos y todos los que por convencimiento y por interés propio se identifican con los iniciadores de todo progreso, y con los que realizan verdaderas obras de interés general.

EL CONFLICTO DE LA CARNE

Los mercados esta mañana.

La gente ha acudido, como de costumbre, esta mañana á los mercados para hacer su compra.

No se notaba inquietud en el público. Los tableros han observado una actitud prudente, digna del mayor elogio. Todos ellos han abierto sus establecimientos, como si no ocurriera nada de particular, y han despachado toda la carne que les quedaba.

El público, desconfiando, sin duda, de la carne municipal, ha mostrado decidida preferencia por los carniceros. Buena prueba de ello ha sido también el hecho de que hoy se ha despachado en las tabajerías una cantidad de carne de cerdo extraordinaria.

A las ocho y media de la mañana no habían abierto sus puertas todavía en muchos sitios las tabajerías establecidas por el Ayuntamiento.

En la plaza de la Cebada.

Antes de las ocho, hora en que el mercado de la plaza de la Cebada adquiere mayor animación, estaban allí dos de nuestros redactores en busca de noticias y de impresiones.

Había más animación y más vocería entre los revendedores. De vez en cuando alguno que otro gritaba:

«¿Que vendió por el Ayuntamiento?»

Y estas y otras frases humorísticas excitaban la risa popular.

En un ángulo saliente de la plaza, los puestos 8, 44, 45 y 83, habían sido habitados por el Municipio para expender parte de las reses sacrificadas ayer por su cuenta.

Guardias municipales y del orden público, y algunos inspectores, cuidaban del orden, al mismo tiempo que obligaban á las compradoras á formar cola.

En los puestos 84 y 115 hallábanse varios barrereros, oficiando de fregatrices, y unos carpinteros que convertían los dos puestos en uno sólo.

Al 113 llegó, á la hora que citamos, un casquero que había comprado todos los desperdicios de las reses municipales sacrificadas, y al poco tiempo se veía invadido por gente que se proveía de la comida de sus gatos, perros y demás animales domésticos.

En los demás mercados.

En el del Carmen, San Ildefonso y San Antón eran corca de las nueve y todavía no se había abierto el despacho de carne municipal.

En el del San Miguel no se abrió hasta las diez. El Sr. Cernolós recorría los puestos, diciendo á los tableros que el Ayuntamiento tenía 124 vacas á su disposición si querían comprarlas para el despacho. Estas excitaciones no daban ningún resultado porque los tableros seguían firmes en su actitud.

En el mercado del populoso barrio de Chamberí tampoco había esta mañana despacho de carne por el Ayuntamiento, y la gente se servía de sus acostumbrados proveedores, á los cuales todavía les quedaba alguna carne.

En el Matadero.

En las primeras horas de la mañana de hoy se ha fijado á las puertas del Matadero, un cartel diciendo:

«Se vende carne al por mayor en este establecimiento á los tableros y particulares que lo soliciten, á los precios siguientes:

Vaca, de 61 á 66 reales la arroba. Llevando media vaca. Un cuarto, á precios convencionales, según la clase y calidad y que sea trasera ó delantero.»

A las siete empezó el romaneo de las 124 vacas sacrificadas ayer por el Ayuntamiento.

A las ocho menos cuarto no había pesadas más que cinco vacas que se cargaron en un pesadísimo carro de cinco mulas, mandado construir hace años, y que se había arriñonado desde entonces. Estas cinco vacas eran para el romaneo de la plaza de la Cebada.

Después, y con gran retraso, fueron saliendo otros carros de los que hacen el servicio de paseos y arbolados, llevando cada uno dos vacas ó dos yeguas y media para los despachos establecidos por el Ayuntamiento en los demás mercados de Madrid.

El precio de la carne.

En las tabajerías municipales se ha vendido hoy la carne á los precios siguientes:

La vaca, pero con sebo y añadidura, á 9 reales el kilo.

La de falda y pescuezo, á UNA PESETA 25 CÉNTIMOS el kilo.

Los carniceros la han venido vendiendo hasta hoy:

La vaca pero sin sebo ni añadidura, á 10 reales el kilo.

La de falda y pescuezo, á UNA PESETA 20 CÉNTIMOS el kilo.

De esta comparación de precios resulta que el Ayuntamiento vende más cara la carne que compran los pobres, es decir, la gran mayoría del pueblo de Madrid, y pone más barata, aunque la diferencia es muy pequeña, la carne que consumen los ricos y las clases privilegiadas.

La medida no puede ser más conservadora: proteger al rico y tirar al degüello al pobre.

Una observación notable.

Nuestros reporteros han ido hoy también á ver á los tableros. Estos han dicho:

«Lo que ha hecho hoy el Ayuntamiento es justificarnos de una vez para siempre ante el público.»

«¿Cómo es eso?»—preguntamos.

«Muy sencillo—dijeron.—«Contra nosotros había desde tiempo inmemorial la preocupación de que éramos los culpables de la carestía de la carne. Si el ganadero sabía sus precios y nosotros también, se hacía creer á la gente que no queríamos contentarnos con lo que ganábamos, cuando la verdad es que nuestro negocio está arruinado. Si una autoridad quería hacernos popular, nos tomaba por cabeza de turco.

Pero ahora ha venido el Ayuntamiento, que no tiene que ganar nada en la venta de la